

## Medios de comunicación y violencia.

### Toda violencia sembrada en la niñez, fructificará

Dr. Daniel Prieto Castillo\*.

Texto extraído de: Prieto Castillo D. *Los formatos televisivos.*

Mendoza: Ediciones Culturales de Mendoza, 1994: 53-55.

Reconocemos los riesgos de los medios de comunicación: su excesivo juego con la violencia, sus intentos de dejarlo todo en la superficie, su fragmentación, su falta de relación con nuestro contexto..., pero ellos no son ni más ni menos riesgosos que la calle o que cualquier ámbito de la vida del niño. *La clave está en las relaciones con los mayores, en el logro de un hogar, de una comunidad de comunicación y de sentido*, que no ha cesado de deteriorarse en estos tiempos de crisis económicas y de lucha por la supervivencia.

Ese punto de partida resulta necesario para no buscar un único causante de los males que reconocemos en nuestra sociedad, como si la simple supresión de la televisión o de esos programas asegurara una situación distinta.

Sin embargo, ese reconocimiento no puede llevar a desentendernos de lo exhibido en la pantalla, porque por más mediaciones que hagamos desde el hogar y la escuela, queda presente siempre la huella del horror en la percepción.

Se ha discutido mucho, y se han realizado no pocas investigaciones, en torno a los efectos de la violencia en el niño: hay quienes sostienen la necesidad de ofrecerla a la mirada porque es un modo de descargar las naturales tendencias agresivas de los pequeños (y de los mayores); otros afirman que cuando uno se ve expuesto a esas escenas queda alterado y dispuesto a practicar la violencia.

No entraré a discutir esos enfoques, sobre el sentido o no de la influencia. Por supuesto que considero posible una influencia y no precisamente buena. Pero prefiero centrarme en otra perspectiva:

¿cuál es la necesidad de exhibir tanta violencia...?

La necesidad de mostrar violencia no proviene de un ansia de los productores por calmar la posible agresividad de la gente, ni por satisfacer un incontenible llamado de ésta a favor de esos programas. Proviene de una práctica de tipo económico: la violencia atrae, nadie lo niega, y vende millones de copias en cine y en video. El motivo es estrictamente mercantil y estamos en presencia de una mercantilización del horror.

Si el ser humano es un incansable buscador de experiencias visuales nuevas, si le atrae lo lejano con una fuerza irresistible, si el dolor ajeno y la exhibición de la violencia y de la muerte constituyen formas de atracción históricamente conocidas, no hay por qué alimentar de manera tan refinada (desde el punto de vista audiovisual) esas tendencias.

Y no pido producciones como si la violencia no existiera. Lo que reclamo con toda fuerza es un cese de la espectacularización de la violencia en detalles tan precisos, tan refinados, tan morbosos como los que muchos niños están forzados a ver. Repito la expresión: *son forzados a ver*, porque cuando se ofrece repetidamente semejante dosis de golpes, miembros destrozados, sangre, *no hay más remedio que verlos*, por mucho que hagamos los mayores para evitarlo o para ayudar a mediarlo.

¿Qué hacer? (...) no se trata de salir a prohibir como si la única solución fuera la censura, pero sí de abrir espacios de discusión y de negociación con las productoras y las distribuidoras para llegar a conclusiones útiles para padres y educadores.

\* Facultad de  
Filosofía y Letras.  
Universidad  
Nacional de Cuyo.